

CAPITULO XXVIII.

*Zapata a las puertas de México.*

—Muchachos, una de estas noches iremos a cenar a una de las poblaciones del Distrito Federal. ¡Qué caray! Debemos ponerle el cascabel al gato y justificarle a los capitolinos, que en todas partes somos buenotes de atiro....

Esta bravata de Emiliano era hija de un rato de buen humor. Estaba muy contento; en un encuentro que habíamos tenido cerca de Ozumba con las fuerzas del coronel Reinaldo Díaz, nuestras fuerzas habían obtenido un triunfo casi glorioso; Reinaldo Díaz había dejado en el campo quince "pelones" muertos y se había retirado en desbandada con mayor número de heridos.

El "general" estaba contento. Había que celebrar aquel triunfo; y solazándose en su obra, contemplando cómo los muchachos colgaban de las ramas de los pinos a los quince "pelones" muertos, no cesaba de repetir con cierto tonillo de satisfacción:

Muchachos, alguna de estas noches iremos a cenar con de la Barra.

Mandó quemar varios puentes de la vía del Interoceánico, para impedir que fuerzas del gobierno enviadas de México contuvieran nuestro avance, y una mañana, fin de aquel otoño nebuloso y frío de 1911, los habitantes de los poblados

circunvecinos de Milpa Alta se levantaron aterrorizados ante la contemplación de nuestras huestes, que elevándose a un número mayor de tres mil, coronaban las empinadas crestas de la interminable cordillera de montañas que limitan el Distrito Federal con los Estados de Morelos y México.

Sin ninguna dificultad, los espantados ojos de los tranquilos moradores de aquellas comarcas seguían nuestra marcha trabajosa a través de la sierra, por las estrechas veredas que rompen con su largo culebreo las espesas hondonadas a la falda de los cerros.

Y a los rayos de Febo que, allá, a lo lejos, tras de otras montañas empezaba a salir, despedían una hermosa lluvia de reflejos los filudos machetes costeños con que nuestra gente se abría paso por entre la espesura de la hierba que obstruía nuestro camino en el interior del Ajusco. Seguimos la marcha teniendo a nuestros pies la enorme planicie, sobre la que se yerguen entre una vegetación exuberante, las poéticas poblaciones del Distrito Federal.

A un tiro de fusil que se escuchó por el rumbo de Topilejo, Zapata mandó hacer alto; formamos nuestro campamento aprovechando aquí y allá las suaves ondulaciones que muy de vez en cuando nos presentaba lo abrupto del terreno, y allí, ocultos entre las hierbas, en medio de aquella inmensa cadena de montañas, permanecemos en silencio todo el día, que debe haber sido de zozobra y de angustia para los pobladores de aquellos contornos a cuyos oídos el nombre de Zapata llegaba como un ruido siniestro y como el grito precursor del exterminio.

Cuando la noche dejó caer sus crespones enlutados sobre aquellos lugares sosegados y mustios, el "General" dió la orden de avance sobre Topilejo, tristísimo villorio de casuchas miserables y mal enfiladas, con sus calles polvosas y desiertas.

La gritería espantosa de nuestras turbas resonó de improviso por los ámbitos del pueblo, rompiendo el majestuoso silencio de la noche airosa y fría; el ruido de la fusilería, arrojando en todas direcciones una lluvia de balas, se dejaba

oír llevando incesantemente a todos los espíritus el terror y el espanto, completando aquel cuadro trágico la dinamita que de vez en cuando rugía al estallar, como deben rugir en el fondo del infierno las risas de Satán.

Las rondas que los vecinos del desmedrado poblado habían formado para repeler nuestro ataque, fueron arrolladas al primer empuje de nuestros hombres. Todos huyeron presas de pánico, al ver que la muerte se cernía sobre sus cabezas, y Topilejo quedó en nuestro poder.

El saqueo era de ordenanza, y nuestras huestes cumplieron religiosamente esa ordenanza en Topilejo.

Las mejorecitas casas de comercio y particulares fueron vaciadas por la rapacidad de nuestros hombres. No se cometieron asesinatos porque casi no había a quien matar; pero dos o tres muchachos del pueblo engrosaron nuestras filas en calidad de soldados, y después de haber roto las comunicaciones telegráficas y telefónicas de modo que el pueblo quedara aislado para no poder solicitar auxilio, nos echamos a dormir tranquilamente. Todo el día siguiente lo pasamos en el pueblo, haciendo nuestra gente cuanto se le venía en gana.

Zapata había cumplido su deseo; cenar en el Distrito Federal, aunque no con el señor presidente de la Barra.

Pero todavía quería ir más allá, mucho más allá. . . . quizá hasta la capital de la República, y en cumplimiento de este deseo, al día siguiente emprendimos nuestro avance sobre Tulyehualco, Nativitas y San Mateo, donde se repitieron con pocas variantes, las mismas escenas que en Topilejo. Abandonamos aquellos pueblos en seguida, porque poco ofrecía a la voracidad de nuestras huestes.

Nos dirigimos resueltamente sobre Milpa Alta, en cuyo lugar nuestra presencia fué recibida con un espanto indescriptible.

Las descargas cerradas que hacía nuestra gente, avanzando por la entrada del pueblo, causaba muchas víctimas. La noche oscura y fría hacía más espantosa aquella inacabable irrupción de hombres feroces que disparaban sus rifles a diestra y siniestra, encendiendo, con sus disparos, en el es-

pacio, grandes haces de luz rojiza que a intervalos alumbraba al macabro desfile de aquella tropa sedienta de sangre y de venganzas.

Los gritos de ¡Viva Zapata! y ¡Muera Madero!, eran ensordecedores; parecía aquello el día del juicio, y era para volverse loco ser actor en esa horrible confusión producida por el avance de nuestra gente, que era una verdadera avalancha humana. El incesante disparar de fusilería y de vez en cuando el ruido espantoso que, como gemido de muerte, lanzaban al ser volados por la dinamita los techos de las casas, las puertas que caían convertidas en astillas y los vidrios de las ventanas que estrellábanse en mil pedazos, confundíase con el horrible estallar de nuestras bombas.

—¡A quemar el Palacio!—gritó una voz,—y a los pocos instantes de lanzada tan feroz iniciativa, puertas y ventanas del mencionado edificio vomitaban enormes bocanadas de fuego.

El obscuro pueblo de Milpa Alta quedó iluminado en aquel momento por las llamas que insaciables devoraban el edificio.

Las puertas cedían al embate avasallador del fuego; los techos se venían abajo produciendo en su caída un estrépito infernal y levantando enormes nubarrones de polvo, de los que pronto surgían nuevamente las inextinguibles lenguas de fuego; y en medio del siniestro crepitar de las maderas y el ruido de los techos y los muros al venir por tierra, oíanse los gritos de las turbas, victoreando a Zapata e increpando a Madero.

La gente, nunca satisfecha, recorría las calles de la población dedicándose al pillaje desenfrenado como siempre. Con las culatas de las carabinas rompían a golpes las ventanas y colocaban bombas de dinamita en los quicios de las puertas, que volaban, dejando paso franco a los muchachos, y de este modo se hizo general el saqueo. . . .

Cuando de México salieron fuerzas a perseguirnos, nosotros tranquilamente nos internamos en la abrupta serranía del Ajusco.

A su llegada los federales sólo encontraron en Milpa Alta cadáveres, ruinas y cenizas.

CAPITULO XXIX.

*Zapata frente a Madero.—Pacto de sangre.*

En la tarde de aquel 7 de noviembre, de gran remembranza en los anales de la historia política de México, pues en él se cerraba con broche de oro el triunfo de un candidato eminentemente popular; mientras en la capital de la República una muchedumbre ebria de entusiasmo celebraba con grandes demostraciones de extraordinario regocijo el hecho inusitado de haber sufragado libremente, y la toma de posesión de la primera magistratura por el señor don Francisco I. Madero; el general Emiliano Zapata, el temible cabecilla morelense, siempre inflexible, intransigente, incorruptible y tenaz en su empresa de obtener la devolución de los ejidos y con ella el cumplimiento de todas las demás promesas del Plan de San Luis, sintetizadas en el Plan de Ayala que los plutócratas no entienden que tal aspiración pudiera realizarse; Emiliano Zapata, digo, sordo a toda proposición que del maderismo proviniera para que depusiera las armas, ofreciéndole grandes cantidades de dinero y aun la misma gubernatura del Estado; Emiliano Zapata, repito, celebraba en su campamento establecido en las barrancas de "El Jilguero", una junta a la que asistieron los principales jefes rebeldes del Estado de Morelos y muchos de los Estados de Puebla, Guerrero y México.

El objeto de aquella junta era verdaderamente terrible, y en ella se iba a decidir del porvenir de la República, visto

hoy a través del tres años de revolución, cada vez más triste y más sombrío.

Allí estaban reunidos para jurar un pacto de sangre y agruparse en torno de una sola bandera de exterminio, los más aguerridos cabecillas que habían surgido en Morelos a la sombra de la revolución maderista, tornada abiertamente, al arribo de Madero a la presidencia, en revolución zapatista, con lineamientos perfectamente definidos. (1)

Eufemio, Morales, Abraham Martínez, Felipe Neri, Salazar, Genovevo de la O., Capistrán, Ruiz y otros que sería prolijo enumerar, todos habían concurrido a aquella cita, en la que Emiliano definiera el programa, no político, sino social que perseguiría desde aquellos instantes el zapatismo, hasta cuya realización más completa no depondrían las armas.

Otilio Montaña, mi compañero en las labores de la secretaría del general, fué el encargado de tomar la palabra para interpretar los deseos de que se hallaba animado Zapata, hablando en estos o parecidos términos, que todos escuchamos en medio de un silencio verdaderamente solemne:

—Señores:

El General ha creído un deber sagrado para él, citar a todos ustedes con el fin de manifestarles que aunque el señor Madero tomó hoy posesión de la presidencia del país, la revolución en Morelos no ha terminado, ni debe terminar por un acto de significación tan mezquina, pues no fué nuestro objeto, al levantarnos en armas, sacrificando en los campos de batalla a millares de nuestros hermanos, deponer a Porfirio Díaz para encumbrar a Madero, sino cimentar para nuestros coterráneos los morelenses, al menos, una nueva era de mejoramiento social para cuantos pertenezcamos a las clases humildes, que somos la inmensa mayoría en el Estado.

(1) Unos afirman, observando tan solo la forma [asesinatos, estupro, incendios, etc.], que estos lineamientos están perfectamente definidos como tenebrosos; otros, empero, observando exclusivamente el fondo [la evolución de los ejidos que fueron de los pueblos], aseguran que están definidos como reivindicadores. Quod sunt capite, tot sunt sententie. (Nota del autor).

Las anteriores notas son del original del "guerrillero" Rodrigo Valera.

La revolución en Morelos no ha reconocido como origen la aspiración a reformas políticas, por más que vaya de acuerdo con todas aquellas que tiendan al mejoramiento general de la República, porque queremos pan antes que "Sufragios Efectivos", hasta hoy sólo platicados; queremos tierras para labrar el porvenir de nuestros hijos antes que "No Reección"; pero aun suponiendo que nuestro levantamiento hubiera obedecido a fines meramente políticos, el señor Madero ha violado el principio de sufragio efectivo, imponiendo tan descaradamente en la vicepresidencia a Pino Suárez, y ese solo hecho (si no abundaran en su contra otros mil de la misma índole y tendencias), será bastante para convencernos de que el señor Madero está muy lejos de ser el fiel sostenedor en la práctica, de sus teorías democráticas. Debemos desconocer su gobierno y continuar levantados en armas, indomables e incorruptibles, por muchos años si se quiere, pero que al cabo de ellos, sea ópima en frutos de bienestar para el pueblo, la sangre que a torrentes se ha regado sobre nuestras fértiles campiñas.

Vendrán sin duda, constantemente, emisarios de paz a hacernos proposiciones para dejar las armas, ofreciéndonos dinero, cargos y canongías; pero debemos desecharlo todo, señores, y sacrificar nuestras ambiciones de mejoramiento personal en aras del mejoramiento colectivo. Que sepa el señor Madero, y con él todo el mundo, que no depondremos las armas mientras no nos pongan en posesión de los ejidos de nuestros pueblos; y estas santas aspiraciones justificarán ante la historia nuestra actitud. Mientras no vuelvan a nuestro poder los terrenos que nos robaron los hacendados cuando tuvieron, durante la dictadura porfiriana, sometida la justicia a su capricho; mientras no dejemos de ser los infelices tributarios de los magnates y déspotas terratenientes de Morelos, enriquecidos con el sudor de nuestras frentes, mientras nos veamos obligados por la miseria y por el hambre, a llevar a trabajar a los campos del amo a nuestros hijos, cuando están aún en la edad tierna de la niñez, y no han aprendido siquiera los primeras letras, no dejaremos las armas.

Este ha sido el objeto de la reunión, señores, y si ustedes tienen estas mismas ideas, deben jurarlo así a nuestro general, y jurar por su fe de hombres y de guerreros, una guerra sin cuartel, hasta no ver cumplidos fielmente dichos ideales, contra el gobierno de Madero, y contra todos los que vengan y no nos den tierras, los ejidos que fueron de los pueblos,

Un aplauso formidable, unísono, prolongado, apagó el eco de las últimas palabras de Montaña. Yo también quedé convencido de la justicia de aquella guerra cruenta, guerra salvaje, guerra criminal a la vez, pero guerra en cuyo fondo parecía haber un infinito y justiciero anhelo de reivindicación y de mejoramiento comunal, según la elocuente palabra de Montaña; yo también quedé convencido, y también juré como los demás, al general Zapata, no abandonarlo en aquella cruzada contra el capital absorbente de Morelos, y cuando todos se habían unido en un estrecho abrazo de confraternidad, agrupados bajo una sola bandera e identificados en una sola aspiración, casi conmovido Emiliano, dijo:

—Carecemos de recursos, muchachos; de recursos para hacer una guerra formal, y no nos queda otro que diseminarnos por todo el Estado en pequeñas partidas con su jefe a la cabeza e imponernos por medio del terror; necesitamos elementos de vida y debemos adquirirlos por medio de saqueo, cuando no se nos proporcione voluntariamente, del plagio o del préstamo forzoso, o como se pueda; necesitamos que nos teman y debemos hacerlo incendiando haciendas y matando, que la cualidad esencial de la guerra ha sido siempre la ferocidad; y aunque la sociedad nos maldiga, cuando se hayan realizado nuestros ideales, y nuevas generaciones vengan a disfrutar el bienestar que ahora sembramos con pedazos de nuestra carne, y regamos con torrentes de nuestra sangre y con lágrimas de nuestras mujeres, la historia nos justificará, y esa misma sociedad que hoy nos maldice, nos colmará de bendiciones. El saqueo, el incendio y el asesinato, no son más que un medio para lograr el bienestar de nuestros pueblos, que es el fin de nuestro objeto.

\* \* \*

Parecerá increíble, ¿verdad? ¿Cómo pensar que el famoso Atila suriano, una especie de aborto del Averno, sin cultura y sin antecedentes intelectuales bastantes para formarse un criterio de mediana elevación moral, pudiera resultar un apóstol del mejoramiento colectivo?

Ello es que él pronunció tan estupendo discurso en que se mezclan, en espantoso contubernio, la lejana seducción del bien con la inmediata práctica del mal. Algún Mecenas de ocasión tal vez lo aleccionó sobre el particular, otro que quizá sin saberlo, procedía como Maquiavelo y como todos los explotadores de hombres, prometiendo hasta lo que de sobra saben que nunca podrán cumplir.

\* \* \*

Y comenzó la diseminación por todo el Estado de Morelos, diseminación que iba regando sangre y sembrando cadáveres.

Eufemio continuó al lado de Emiliano, aunque muchas veces se separaba para llevar la revolución a otros lugares; los demás se disgregaron en pequeñas partidas con sus jefes a la cabeza, como había ordenado el "general", y desde entonces no hay en el Estado de Morelos y parte de los de México, Puebla y Guerrero, un solo lugar donde la desolación, el exterminio y la muerte, no marquen nuestro paso, un solo lugar donde centenares de esqueletos humanos no estén demostrando la existencia siniestra de un monstruoso aquelarre, como lúgubre festín de vampiros en el enterramiento funeral de la Patria.

CAPITULO XXX.

"LA CIMA".

*Genovevo de la O.*

Emiliano, Otilio, yo, en una palabra, los principales jefes, burlando la vigilancia de la guarnición permanente de Cuautla, vamos a descansar algunas horas, o algunos días de las fatigas de la guerra, a nuestro pueblo natal Villa de Ayala, en donde nuestras familias nos reciben con el júbilo que es de imaginarse y aun se aventuran, cansadas por su vida de zozobras, a aconsejarnos que nos retiremos de las azarosa vida de la revolución. Cosa inútil, lo jurado, jurado está y no debemos cejar.

Pues bien, una de estas veces, a fines de julio de 1912, estando Emiliano y yo en Villa Ayala muy quitados de la pena, recibimos un periódico de la capital, en el que leímos una noticia que no dejó de conmovernos, pero que nos trajo una vez más la seguridad de que el zapatismo continuaba imperando en todo el Estado, a pesar de las declaraciones en contrario del señor Madero, y de los decantados esfuerzos del gobierno por extinguirnos.

Un tren de pasajeros escoltado por un escaso número de soldados, al mando de un capitán, había sido asaltado en la línea de México a Cuernavaca, por fuerzas de Genovevo de la

O, entre las estaciones de La Cima y Fierro del Toro.

He aquí lo que decía la noticia:

“Al pasar el tren por el sitio referido, una gruesa partida de zapatistas, encabezada por el temible bandido Genovevo de la O, oculta en las sinuosidades del terreno, a uno y otro lado de la vía, lo asaltó, y con una descarga cerrada sobre el convoy cuando menos se esperaba, causó inmediatamente varios muertos entre los pasajeros. El maquinista imprimió más velocidad, pero a poco correr, estalló una formidable bomba de dinamita colocada en el centro de la vía, al pasar la máquina por encima de ella, volándola en mil pedazos en medio de una espantosa detonación.

El resto del convoy quedó intacto.

El pánico que sobrecogió a los pasajeros fué aterrador.

La escolta, animada valientemente por las voces de la oficialidad, entabló desde luego un nutrido tiroteo, cuyo ruido fatídico se mezclaba con el llanto y los gritos de las mujeres y niños que se escondían bajo los asientos de los coches en busca de refugio, con los rostros intensamente pálidos, donde se reflejaban la angustia y el terror.

En medio de insolentes gritos y vítores a Zapata, las hordas vandálicas del temible Genovevo de la O, avanzaban sobre el convoy.

Los abnegados y valientes “juanes” daban vivas al Supremo Gobierno, y no dejaban de hacer fuego, resistiendo el empuje de los numerosos asaltantes.

Aquella lucha empeñada con todo encarnizamiento entre asaltantes y federales, se prolongó por más de una hora que tuvo para los pasajeros la duración de un siglo, y cuando de la valerosa escolta no quedaba ya sino un triste montón de cadáveres sanguinolentos, horriblemente despedazados por las balas expansivas de los bandidos de Genovevo, cuando ya ni un solo tiro era contestado al fuego nutrido de los asaltantes, éstos bajaron de la montaña y se precipitaron sobre los carros con increíble ferocidad; las mujeres de los zapatistas desde luego se dedicaron a tirar con piedras sobre

los federales y pasajeros moribundos que se hallaban en la tierra y piso de los carros.

Después desnudaron a los muertos y despojaron a los pasajeros que habían salido ilesos en el combate. Aretes, anillos, ropa, todo, en fin, arrancaban rabiosamente a tiros, dejando muchos dedos deshollados, muchas orejas desgarradas y sangrando, y muchos cuerpos de hombres y de mujeres, desnudos por completo.

Un extranjero que viajaba en aquel tren, fué despojado de su cartera, en la que llevaba veinte mil pesos, y de los dedos le fueron arrancados dos valiosos anillos; después lo bajaron del carro a empellones, y no bien se halló en el suelo, cuando uno de los bandidos de Genovevo le puso el rifle en el pecho y en actitud de dispararle, le exigió un peso.

A fuerza de súplicas y de ruegos, logró convencerlo de que ya nada le quedaba, que todo le habían quitado, y entonces aquel bandolero le arrebató el sombrero, mientras otros iban despajando de cada una de sus ropas de vestir, hasta descalzarlo, dejándolo en una completa desnudez.

Terminada esta labor los zapatistas regaron aceite en todo el convoy, le prendieron fuego, y dando alaridos salvajes, contemplando con alegría diabólica su obra destructora, se internaron en el monte, dejando convertido en un montón de escombros humeantes, cadáveres y carros del convoy”...

\* \* \*

Cuando hubimos terminado la lectura de esta noticia, Emiliano me dijo:

—Escribe: “Muy querido Genovevo: Acabamos de leer en Villa de Ayala tu hazaña de la “La Cima”. Te felicito y que sigas defendiendo la causa.—Un abrazo de tu hermano.—Emiliano”.